

del mundo sus antiguas aspiraciones acerca de Roma, y se han congratulado de haber consumado lo que proyectaban con tanta astucia. Y todo eso manifiesta que tambien en esas operaciones habia oculta una mentira y una verdad: la primera estaba envuelta entre palabras y convenios, cuyo contenso leian todos, y cuya naturaleza comprendian algunos nada mas; la segunda la sabian pocos, pues era la de destruir la independenciam del Vicario de Cristo, dejándolo reducido á la categoría de un simple Obispo, súbdito del rey de la nacion en que vive. Habia entre tanto una especie de juego de prestidigitadores, que enseñaban hoy blanco, y mañana negro, y despues colorado, teniendo al mundo conmovido y en espectacion. Tan pronto se oia decir, y nada ménos que á un caudillo, que, "si franqueaba los Alpes con 200,000 soldados, no iba á Italia á fomentar desórdenes, ni á menoscabar el poder del Papa, sino á sustraerle de la presion extranjera:" y á las pocas semanas se levanta en insurreccion la Romaña y la Emilia. Ahora se mandaban tropas á Roma; para proteger al Papa, y despues se retiraban, conmoviendo á la Francia: cuyo Congreso oyó estas palabras célebres, dichas por el Ministro de Estado: "jamás la Italia se apoderará de Roma: jamás la Francia soportará esta violencia hecha á su honor y al catolicismo." Despues se formaron convenios entre Francia é Italia, para no permitir que se levantasen fuerzas exteriores, que atacasen el patrimonio de la Iglesia; y al poco se las veia organizarse en la misma Italia, y entrar con violencia hasta la misma ciudad de Roma. Por fin, se enviaban débiles refuerzos, que por ser tan cortos, casi significaban que estaban allí, mas para cubrir apariencias, que para impedir realidades, como se ha visto en agosto del infausto año setenta.

Cualquiera que estudiase con alguna atencion esta especie de escena de teatro, sospecha que existian inteligencias mútuas, escondidas en esas maniobras. Al fin, se ha levantado el telon, y han aparecido los autores sin disfraces. La Francia va á pasar el Rhin con doscientos mil guerreros; y esto sirve de pretexto para que el puñado de soldados que habia en el patrimonio de la

Iglesia, vayan á combatir contra la Prusia, y las tropas de Saboya, que esperaban tan solo que el águila de setenta años diese un vuelo, entraron á sangre y fuego en la ciudad santa. Al poco, empieza á cantarse la victoria entre los invasores, ébrios de gozo; y ellos mismos en su embriaguez van diciendo ya sin reparo todo lo que significaban las idas y venidas de auxiliares, los juegos teatrales de las palabras entre algunos jefes de pueblos, y los convenios publicados á son de clarin. Tienen que desengañarse los gobiernos liberales, que están basados en esas leyes de libertad de imprenta, y de representacion nacional; por muy cautos y astutos que sean en operaciones de política maquiavélica, al fin se las descubren los partidos de la oposicion, y las publican; ó ellos mismos en los dias de algun triunfo las revelan sin advertirlo; porque así como han sido injustos al prepararlas, son intemperantes cuando embriagados de gozo en el dia de un desenlace feliz, celebran su triunfo. La moderacion es patrimonio esclusivo de la sabiduría, y del modo de obrar conforme á derecho y á justicia.

Para formar una apreciacion adecuada en esta materia, no hay más que confrontar el trato ó convenio de Francia é Italia de 1864 respecto de lo que ésta habia de hacer en defensa del Sumo Pontífice, con lo que ha hecho despues, y aquella pomposa y altisonante teoría de poder vivir este en el Vaticano, y el rey de Cerdeña en el Quirinal, siendo el primero, soberano espiritual del mundo y súbdito del rey temporal y este dueño y señor de Roma y de toda Italia. Decia aquel convenio lo siguiente: "la Italia se compromete solamente á no atacar el territorio del Papa, y á impedir hasta con la fuerza todo ataque procedente del exterior contra el patrimonio de san Pedro: así como tambien, á no reclamar directa ni indirectamente contra la organizacion del ejército pontificio; aun en el caso de que dicho ejército se compusiese exclusivamente de católicos extranjeros." Examínese sin pasion alguna qué significacion podia tener esa frase, *de impedir hasta por la fuerza todo ataque procedente del exterior contra el patrimonio de san Pedro*, y se verá lo que habia oculto en ella. A primera vis-

ta se comprende, que en la palabra *exterior*, se entiende un pueblo ó una nacion extranjera, y por consiguiente, de fuera de la Península italiana. Pero preguntemos: ¿habia alguna probabilidad, ni aun remotísima, de qué pudiera acontecer ese ataque? No podia venir ese del Austria, ni de España, ni de Portugal, ni de Suiza, ¿podria venir de la Prusia, satisfecha con su Confederacion germánica, de la Rusia, qué solo ambiciona la ciudad bizantina, de la Inglaterra, contenta con Gibraltar y Malta? ¿Se temia acaso, que viniese el imperio carcomido y vacilante de la media luna? Nada de esto podian sospechar los altos contratantes; ¿qué se entendia pues por esa frase altisonante *de ataques procedentes del exterior*? Nada: esa frase era una locucion hueca de verdad, y repleta de un embutido de mentiras.

Esa frase contiene una restriccion puramente mental, y en consecuencia reprobada é inícuca, la cual está concebida en estos términos: la Italia es una nacion que se está formando, en virtud del derecho que tienen los pueblos á constituirse como mejor les acomode: el Piamonte es Italia, Nápoles lo es, la Toscana lo es, y el Patrimonio también: luego los ataques contra el dominio temporal del Papa, que ejecuten los pueblos de Italia no proceden de fuerza exterior y por consiguiente la Italia que se *compromete á impedir hasta por la fuerza, todo ataque procedente de la fuerza exterior*, no se compromete á no atacar el territorio del Sumo Pontífice; porque la Italia no es una fuerza exterior, sino interior, ella misma. Fácilmente se vé, cómo la primera frase del artículo del convenio que examinamos, la cual presenta un sentido afirmativo, se reduce por la que sigue inmediatamente, á una pura negacion. Si esto no se hubiera entendido así por los altos contratantes, no se comprende, cómo el gobierno subalpino ha estado prestando auxilio al revolucionario Garibaldi á ciencia y conciencia de su Mentor coronado; cómo dió á ese caudillo armas, dinero y soldados, disfrazados bajo la camisa roja, en la célebre invasion de 1867, cómo ha estado empleando esos medios, y los otros que refiere nuestro santísimo Padre en su admirable Enciclica, *Respicientes ea*; cómo los cortos refuer-

zos que llegaron entonces á Roma llegaron precisamente á última hora, y tan á última, que si tardan unas diez horas, la invasion de los malvados hubiera sido un hecho consumado, que hubiera sido preciso acatar, segun las nuevas doctrinas; lo que la divina Providencia destruyó, quizás contra la mente formada por algunos hombres de eminencia social; y cómo, por fin, con un pretexto sin verdadero fundamento se dió orden, para que el águila anciana que parecia velar por la custodia de Roma, volando lánguidamente sobre ella, diese el rápido vuelo, que la llevó desde el patrimonio de san Pedro, á quedarse sin su corbo pico y sin sus uñas de acero en los campos de Sedan. Nadie tachará esta argumentacion de sofistica; pues, despues del bombardeo de Roma, y de una invasion de sesenta mil Italianos contra el patrimonio de san Pedro; despues de lo que dijo el rey de Cerdeña en el Quirinal el treinta y uno de Diciembre sobre sus ardientes y antiguas aspiraciones de apoderarse de Roma; y despues de las congratulaciones del prisionero Wilhelmshöhe por haberlo conseguido, no se puede dudar de la duplicidad de los convenios, y de la trama encerrada en las operaciones con que han entretenido al mundo. No es la diléctica del observador que habla: hablan los mismos actores del gran drama.

Otros además han corroborado la verdad de lo que decimos; y son esos adalides de la revolucion, que por medio de la prensa libre dicen cuanto quieren, y cuando menos se percatan los mismos que les dan esa ancha licencia, publican sus manejos ocultos; sobre todo cuando llega un dia de gloria revolucionaria, por haber derrocado un trono, ó abatido una bandera ilustre, emblema de orden y de justicia. Demos por hipótesis que los altos contratantes entendiesen por fuerzas exteriores las que viniesen á atacar los dominios del Papa: demos también por cierto, que tuviese sentido genuino la frase que dice, que *la Italia no reclamará directa ó indirectamente contra la organizacion del ejército pontificio, aun en el caso de que dicho ejército se componga exclusivamente de católicos extranjeros*. En este caso, preguntamos: ¿no ha-

bia una reticencia oculta en esta última frase? ¿No había la de no impedir la formación de ese ejército, pero con la idea preconcebida de atacarlo y destruirlo, cuando llegase la ocasión oportuna? ¿No había la de calificarlo de fuerza extranjera, opresora de la nación, y tirana del pueblo? Si no había todo esto encerrado en las palabras pomposas del convenio, no concebimos, ni concebiremos, cómo entraron en el patrimonio de san Pedro sesenta mil hombres, al mismo tiempo que se retiraban las tropas francesas. En ese día se vio que, en la frase del convenio que dice: *la Italia se compromete á no atacar el territorio del Papa*, la palabra *no* estaba demás, y que en la siguiente, que había de *impedir todo ataque de fuerza exterior*, faltaba la buena fe; pues excluyendo el ataque del exterior, ocultaba la proposición de, *ménos el del Piamonte, que siendo Italia, no es exterior, sino interior*: además; llevaba oculta una calificación de las tropas del Sumo Pontífice, que se traduce así: las tropas del Papa son de soldados extranjeros: estos soldados son una presión para el Papa, y una tiranía para el pueblo: la Italia se compromete á impedir todo ataque exterior: luego el Piamonte, que es Italia, debe atacar á esas tropas y destruirlas. Digamos para honor de la púrpura y de los cetros, que no encerraban esas ideas las sienes coronadas; pero, entre tanto, ahí están los órganos de la revolución que publican toda esta hilaza del tegido de muchos años. En cuanto á los potentados que formaron el convenio, es muy sensible decir, que uno de esos altos contratantes se equivocó de una manera muy crasa cuando en Marzo de 1859, gritaba al pasar los Alpes con 200,000 hombres, que no iba á Italia á producir desórdenes, sino á afirmar el poder temporal del Papa; pues precisamente desde entonces, comenzó el desorden, se empezó á desmoronar el reino temporal del Sumo Pontífice, y al fin, se le ha reducido á cautiverio, consolándose con esta idea el aludido. En cuanto al segundo, nada hay que decir; pues él ha dicho bastante el 11 de octubre y el 31 de diciembre, en los palacios Pitti de Florencia y Quirinal de Roma.

Pero oigamos las cantos de victoria de la revolución,

en los cuales, como hacían las poetas paganos con sus dogmas mitológicos, publican los revolucionarios casi sin saber que descubren sus tramas viles, cuanto estaba oculto entre las sombras de una política sacrilega. Casi se resiste la pluma á rasguear lo que vamos á escribir; pero son los cantares de la revolución, embriagada en el triunfo de su fuerza brutal, y diremos llorando lo que ella entonaba con rugidos de satisfacción. Era el día 23 de setiembre, cuando un diario de Roma publicaba lo que sigue: "Urge que el poder militar resuelva definitivamente y pronto la cuestión de los mercenarios pontificios, cuya presencia armada en algunos puntos de la ciudad turba la paz pública, irrita los ánimos exasperados de los ciudadanos, y es una amenaza permanente á la seguridad del pueblo, y un fómite perenne de desórdenes. Los hechos dolorosos acontecidos ayer en el Transtiberino, en donde cuatro plebeyos fueron muertos por las descargas hechas por los infames gendarmes del Papa, prueban la necesidad de que esta chusma malvada, toda, entendámonos bien, extranjera ó indígena, sea desarmada en el acto. Sin tardanza debe desaparecer de la vista de un pueblo, que ha sufrido de ella crueldades y prepotencias indescriptibles; el cual por lo tanto tiene razón para encolerizarse con solo verla, tiene derecho para que desaparezca junto con el infame gobierno que la sostenía para mantener su poder execrable." (1)

Este razonamiento sin sombra de pudor no merece comentarios: solo si, añadiremos que á las pocas líneas el mismo papel revolucionario llama á los soldados del Papa "mercenarios que han oprimido y vilipendiado el país;" que seis días después gritaba otro revolucionario, que, "lo se cediese ya en lo sucesivo á las presiones indignas que gentes extranjeras y malignas ejercían sobre el animo del Sumo Pontífice;" (2) y que en 9 de octubre de mismo revolucionario llamaba á los zuavos pontificios, entre los cuales había príncipes y caballeros

(1) *Gazet. di Roma* 23 Sett., 1870, pág. 1, col. 2ª

(2) *Id. el Popol.* 29 Settem. 1870, pág. 1ª, col. 2ª

nobilísimos de todas las naciones, "hombres que tenían el mérito de hacer de contrabandistas." (1) Véase pues cómo se entendían las palabras de los convenios; lo que significaban las promesas de no atacar el patrimonio de san Pedro, y de no molestar á los que querían ir, como otros tantos cruzados, á defender al Padre comun de los fieles: véase cuantos dobleces encerraba la máxima de *no intervencion*, que en realidad no pasaba de ser una especie de pergamino elástico con una águila negra en medio, el cual se estendía enseñando al fiero volátil, significando *no intervencion*; y se encogía á su tiempo, no viéndose ya el ave de pico corbo, y decía *intervencion*.

Y lo mismo ha sucedido con la otra doctrina insidiosa, que empezó á volar por el mundo á los pocos meses de pronunciadas aquellas palabras celeberrimas, de no pasar los Alpes los 200,000 hombres á producir desórdenes, sino á librar al Papa de presiones extranjeras. Se dijo entonces, que el Papa podía vivir muy bien en el Vaticano, y el rey que fuese de Italia en el Quirinal, siendo cada cual gran rey y gran señor; lo cual en realidad no era otra cosa que propinar una especie de ópic á los reyes católicos, para que se adormeciesen; preparando una añagaza que alucinase aun á escritores célebres, que defendían con ardor la independéncia del Sumo Pontífice; y derramar en todo el catolicismo cien gérmenes de cizaña, mezclados con algunos granos aparentes de buena semilla. Escusado es repetir lo que todos saben: para preparar el camino á la cohabitación de los dos soberanos en la misma ciudad de Roma, se empezó á decir que era ya tiempo de que el Papa entrase en convenios con el liberalismo y se reconciliase con él; y que nada obstaba, á que estuviesen juntos, y mandándose siempre, un rey que dá libertad de escribir á cada cual lo que quiera contra la fe revelada y contra las buenas costumbres, y otro que es el Vicario de Cristo, y tiene el estrictísimo deber de no permitir tal libertad y de reprobado cuanto sea contra la ley de Dios. La revolución moderna ha creído que con palabras celosas iba

(3) *Gazzet. del Popol.* 4 Ottob. 1870, pág. 2ª, col.

á desleír los principios de eterna duración, y conseguir lo que el Espíritu Santo dice por el Apóstol, que no puede incorporarse: en su insensatez, ha tenido la pretension de que se diesen la mano Cristo y Belial, y se mezclasen la luz y las tieblas. No faltaron palabras falaces, proposiciones halagüeñas, ofrecimientos generosos, demostraciones de amor acendrado y de un respeto profundo al Vicario de Cristo. ¡Qué grandeza tan majestuosa iba á recordarle! ¡Qué consideraciones tan universales se le habían de tener! A creer á las voces sirénicas, se hubiera dicho que los príncipes de una casa real iban á darle la guardia; que un rey, dueño de doscientas ciudades y señor de veinte y cuatro millones de súbditos iba á ser nuevo Carlo-Magno, que sería escudero del Vicario de Cristo, arrodillándose, para que su rodilla le sirviese de estribo para montar á caballo. Sin embargo, estaba muy lejos de ser eso lo que la revolución tenía en sus cálculos: aquí como en todas sus cosas, la revolución pronunciaba palabras dulces; pero todas eran dardos, como lo ha demostrado una experiencia dolorosa.

Pregúntese con sinceridad y respóndase sin pasión. ¿Había en el corazón lo que se decía con los labios? ¿Podría existir jamás esa unión de dos soberanos, teniendo que condenar uno lo que mandaba el otro? ¿Podía tener el uno honor de soberano, independéncia y libertad cuando él se veía sin fuerza, y el otro tenía ejército, artillería, satélites y gente de armas, que simularía dar la guardia al otro, y en realidad no haría sino rodearlo de prisiones? ¿En dónde se ha aprendido este modo de honrar á un soberano? ¡Qué! ¿se quiere hacer con el Santo Padre lo que practica el emperador del celeste imperio con los embajadores europeos, á cuyo séquito se le agregan veinte mandarines, simulando que se le rinde honor, siendo en realidad veinte espías que lo observan hasta en el pestañear, para sujetarlo con cadenas de oro? Esto se ha hecho con nuestro Santísimo Pontífice desde el 20 de setiembre; y todo ello es el desenvolvimiento de pensamientos que se cobijaban, como huevo de basilisco, bajo blando montón de arenas doradas. La entrada amis-

tosa y filial de un rey, para vivir en frente del Vicario de Cristo, significaba lanzar primero contra él una granizada de proyectiles, aunque llegasen á su mismo aposento, y lo aplastasen entre sus ruinas, la cohabitacion pacífica significaba tenerlo prisionero: la armonia mútua, llenarlo de insultos, llamando infame á su gobierno, tiranos á sus consejeros, esbirros á sus nobles defensores, chusma á sus agentes de órden público, y verdugos á los jueces que en toda justicia sentenciaban á las penas merecidas á asesinos, incendiarios, conspiradores y alevos.

Bien claro ha publicado la revolucion en los dias de su triunfo lo que queria hacer con el Sumo Pontífice; confirmándolo ámpliamente con los hechos el gobierno del rey que estaba destinado en los consejos de la revolucion á ser su cólega de la ciudad santa. En cuanto á este, véase qué honor y qué consideraciones le guardó, tan pronto como el Padre comun de los fieles escribió una encíclica á los Obispos, manifestándoles las vejaciones que la revolucion armada y victoriosa cometia contra él: secuestros de todo papel público, que publicaba las Letras Apostólicas; amenazas á todos los fieles, y en especial á los sacerdotes que las leyesen; encausamiento criminal á todo Obispo que las participase á su clero; hé ahí el honor dispensado al santo rey de Roma, al Vicario de Cristo. En cuanto á los órganos de la revolucion, nada diremos, porque nos causan disgusto profundo los artículos nauseabundos, los dieterios indignos, y las diatribas infames, que han publicado con una connivencia criminal por parte de quien debia impedirlo. No queremos manchar la blanca tersura de estas páginas, donde creemos que defendemos la verdad, refiriendo las ineptias en la prensa sin freno; pero si explicáremos lo que la revolucion pretendia hacer, desde hace largo tiempo, del Santo Padre, convirtiéndolo en súbdito del rey que tuviese su alcázar en el Esquilino, mientras se le relegaba á él á las faldas del Janículo,

El órgano de estos proyectos no es sospechoso, y podemos darle crédito cabal: una vez tomada Roma, no hubo ya óbice á que se dijese todo, pues estando en to-

do su vigor para el Santo Padre la nueva doctrina de los hechos consumados, se dá por seguro para los que profesan, que todo estaba hecho. Hé aquí pues lo que decia el *Times* de Londres: "El Papa reinará (?) en la ciudad leonina, ó sea en aquel angulo de Roma, que está comprendido entre el Tiber y los muros de la ciudad, y la quinta Barberini, y donde se encuentran una fortaleza, un palacio, una Iglesia y un hospital.....allí el Papa tendrá cien suizos, su coche de gala, sus libreas, en suma, toda la pompa y el acompañamiento del poder perdido. Todo esto parece justo; y en lo que atañe á las cosas temporales, la condicion del Papa será mejorada inmensamente por sus nuevas relaciones con el reino de Italia. Hasta ayer existió solamente por la voluntad de la Francia; desde hoy será independiente..... El Papa ganará igualmente en lo que toca á lo espiritual. Sin duda el principio debera luchar contra los hechos indestructibles. Roma no es ahora, sino un nido de sacerdotes, la raíz de todas las órdenes monásticas, la ciudadela de las leyes y de los privilegios eclesiásticos. El Papa aborrece el libre exámen, vé con malos ojos la instruccion: todo esto ha de mudarse. Pero ganará en influencia universal lo que pierda en autoridad local. El Papa vendrá á pactos con el mundo, se reconciliará con el siglo. En Roma aprenderá lo que se entiende por la Iglesia libre en el Estado libre. Tendrá que tolerar escuelas á la vista de San Pedro, diarios á las puertas del Vaticano. Deberá contentarse con gobernar en Roma la Iglesia, como si fuese en Francia, en Inglaterra, en la Bélgica y en los estados- Unidos; defendiéndose de sus adversarios con armas iguales, pasando por el crisol de la discusion libre, fundando su poder sobre la persuasion espontánea, su autoridad sobre la influencia moral. La Iglesia será ménos romana, pero mucho más católica." (1)

Nadie necesita de que se le presenten comentarios sobre estas palabras: están claros los designios de la revolucion, y son los mismos del judaismo, del paganismo y

(1) *Gazzet del. Popol.* Roma 23 Settemb. 1870. núm. 9. pág. 1, col. 3^a

del liberalismo moderno. Todo lo que la revolucion quiere que sea el Sumo Pontífice, lo ha sido ya, y cuanto quiere que aprenda, lo tiene muy aprendido. Aquel á quien representa, que es rey de cielos y tierra, le enseñó lo que podian ser sus Vicarios, cuando cubierto de un retazo de púrpura desteñida, coronado de espinas, y con una caña hueca veia los desprecios y los insultos que le dirijian los revolucionarios de la Judea; arrodillándose ante él, dándole cañazos y diciéndole *Dios te salve rey de los judíos*. (1) Tambien han aprendido los Papas en sns santos predecesores de los tres primeros siglos, á gobernar la Iglesia en Roma en medio de persecuciones, y dando su vida por la fe. Pero los revolucionarios modernos, no solo son los imitadores de los irrisores de Cristo, sino que quisieron ser algo más malos que aquellos; pues siquiera los judíos creian en algo que venia de muy atrás, de su padre Abraham, y no necesitaban de argumentos humanos para creer que Dios habia hablado á su gran padre: estos no; estos quieren que la autoridad del Papa proceda de la persuasion del pueblo, no de la veracidad intrínseca de la verdad, no de la infalibilidad de la autoridad del Sumo Pontífice y de la Iglesia católica. Dá náuseas oír tanta necedad.

Hoy dia por tanto, ya no es un misterio el pensamiento oculto de la revolucion en tantas operaciones indefinibles como ejecutaba: fingia que queria dar al Papa una dignidad régia, pero su verdadero propósito era colocar sobre sus hombros un retazo de púrpura desechada, para reirse delante de él con felonía y sarcasmo, diciéndole: ahí tienes en lo que ha parado tu pretendida autoridad: Dios te salve rey de Roma: ahí tienes en lo que han parado tus protestas contra los derechos del pueblo á constituirse: el pueblo te ha depuesto de tu trono: Dios te salve, rey sin reino. Diremos pues sin rebozo y sin temor, al cerrar este corolario, que todas esas insignes mentiras sociales y políticas de la revolucion modernísima, del derecho que se le quiere suponer en los pueblos para constituirse, y del respeto social y político á

(1) Ioan. cap. XIX, v. 3.

los hechos consumados, acompañadas de las otras dos tan ampulosas como impías, de no intervencion en los negocios que atañen al órden de la sociedad, y de engrandecer el reinado espiritual del Papa, dándole por defensor á un cólega real que viva en frente de su augusta morada para dispensarle proteccion y honores, no tenian en último resultado más que un fin, y era el de reducir al Vicario de Cristo á la simple categoría de uno de tantos Obispos, que tienen que vivir en reinos donde los doctrinarios los atan con cadenas de oro, y los revolucionarios manifiestos con grillos y esposas de hierro.

Pero, antes de concluir, debemos poner correctivo á dos equivocaciones bastante garrafales, aunque creemos que sean muy intencionadas, en que incurre el autor del suelto del *Times*, copiado con tanta alegría por el diario romano. Dice aquel, que el "poder del Papa existia hasta ahora por la voluntad de la Francia." esta asercion es un insulto á Dios, que es quien dá el reino á quien quiere y como quiere; y examinando las cosas á lo humano, supone en el autor una ignorancia crasísima de la historia de la civilizacion moderna. Porque, bien podia haber leído lo pasado en siglos de corta y larga distancia, y hubiera visto que si en Francia hubo Pipinos y Carlo-Magnos, que abiertamente y con sus armas defendieron á los Papas de sus enemigos, tambien ha habido en tiempos antiguos y modernos, y modernísimos, quienes han minado con maniobras reprobadas no solo su poder temporal, sino el derecho divino de su magisterio universal. Y, digámoslo rindiendo justicia á la Francia como pueblo católico: era todo esto contra su voluntad; y si el muy heróico clero de esa nacion no podia ir de frente contra un cesarismo que se empeñaba en que todo se plegase á su capricho, á su astucia, á su violenta arbitrariedad, detestaba en su corazon todos esos conatos contra la Santa Sede; y baste como prueba irrefragable lo ocurrido en la célebre asamblea de 1862, á la cual solo concurren treinta y dos Obispos, buscados y rebuscados entre los que se introducian en